

# DOS FECHAS

## I

**2 de Diciembre de 1890**

Los montes cubiertos de nieve, el Cantábrico agitado por las olas, frío horrible y mar de fondo.

Allá, en Ondárroa, el escenario de la inmensa lucha: dos provincias cara a cara, como fieras que se aprestan á devorarse; Bilbao contra San Sebastián, Bizcaya contra Guipúzcoa, amenazándose, insultándose; Virginia y Gervasia en el lavadero del *Assommoir*.

Ondárroa había vencido á Pasajes, y recibía como premio una bandera, en la cual leíase:

*A los invencibles del Cantábrico.*

¿Pasajes el Cantábrico? ¿Pasajes representando la fuerza, la destreza, la honra marina desde Machichaco á Higer?

¿Y San Sebastián? ¿Se pasaba una esponja sobre la capital de Guipúzcoa?

Los vencedores de los *pasaitarras*, bueno, pero ¿los invencibles del Cantábrico, los amos de todo el litoral? ¿Por qué?

De ahí surgió el reto, de ahí sobrevino la batalla, de ahí nació la regata inolvidable que arrancó al héroe de la oscuridad.

Era (¡era!) pequeño, enjuto, mal trazado, con cara de ictericia, en el cual se reflejaba el verde pálido del mar, con ojos claros y tristes, pescador empedernido que vivía en el barrio de la Jarana, entre el hedor de la *raba* y el *dehritus* del pescado, en aquel rincón naturalista donde se ve á los Tremontorios y Muergos de San Sebastián, y

las mujeres chillan, riñen y se tiran del moño, y sus disputas resuenan en el muelle como histérica carcajada.

Vegetaba allí, solitario y reumático; allí descansaba de las tareas del mar, en aquel trozo de mar en seco lleno de algas humanas que le tenía siempre en contacto con la gran traidora.

De allí salió para la victoria en un día frío y oscuro.

De allí salió para la muerte en un día claro y hermoso....

Se hizo la señal, y la lancha dió un salto de pantera que le colocó inmediatamente fuera del alcance de su rival.

Hundíanse los remos en la mar con monótono ritmo; movíanse los cuerpos adelante y atrás metódicamente, matemáticamente, con cadencia de autómata; crujían los estrovos, rechinaban los toletes, y el branque airoso de la traíñera embestía á las olas cabeceando á compás, cortando las crestas, derecha, sin una desviación, sin una guiñada, con el chapoteo de la proa que levantaba el agua por las amuras como doble surtidor.

Y á popa iba él, alidada humana, fija la vista en las valizas de la meta, y empuñando el remo, listo á singlar si precisaba ayuda, encorvado, trepidante, hipnotizando con la vista á sus esforzados remeros, en aquella estropada colosal que representaba la honra de la casa, la dignidad de la provincia, el dinero, los muebles, las lanchas, las ropas, el amor propio, la destreza, la energía, el valor, el cuerpo y el alma empeñados en la gran lucha cuyo resultado esperaba España entera con inmensa ansiedad.....

Cuando la traíñera entró en el muelle, una aclamación delirante, un alarido, hizo temblar al barrio de la Jarana.

Todo San Sebastian estaba allí, ébrio de júbilo. Los hombres se abrazaban, lloraban y bailaban las mujeres, los cohetes hendían el espacio, y en aquel espantoso remolino, en aquel sublime desbordamiento del entusiasmo regional, él tan pequeño, él tan modesto, encarnó la honra, la grandeza, la gloriade toda la provincia.

Lo llevaron en triunfo, fué el idolo del pueblo; le ofrecieron banquetes, le dieron serenatas, lo retrataron, le dedicaron versos; su nombre fué una bandera, su victoria una apoteosis.

Se dejó llevar como un maniquí, siempre mudo, encerrado en una ingénita reserva, y á la primera ocasión favorable el gran nostálgico del Océano huyó de la popularidad como de un escándalo, volvió á encerrarse en el muelle, en el oasis del barrio de la Jarana, y

emprendió de nuevo la vida del Cantábrico, gozó con delicia el mutismo de la mar...

## II

**19 de Octubre de 1892**

Los montes cubiertos de sol; el Cantábrico durmiendo; día hermoso y mar bellísima.

A diez millas de la costa, el escenario del horrible drama: trece hombres flotando sobre las olas, una lancha quilla al sol; y de aquel racimo humano, granos que se desprenden poco á poco, como fruta demasiado madura, y desaparecen en las fauces del Gran Traidor.

El exceso de confianza, un descuido lamentable, quizá la escota mordida en vez de estar sobrevuelta, una racha de viento que da un soplo á la mayor enorme y apaga la trañera como quien apaga una luz.

Drama estúpido, prosáica catástrofe que se desarrolla bajo el cielo azul y el sol resplandeciente, en la superficie de una mar indigna por su belleza de servir de tumba á aquellos valientes.

La han domeñado en las tremendas borrascas, se han burlado de sus olas, han desafiado y vencido el vendaval, se han lavado las manos con el espumoso jabón de las rompientes.

Y ahora caen tontamente, como principiantes, en un hermoso día de la otoñada, iluminados por el sol, acariciados por la brisa, en un ambiente templado, en la soberana quietud de la onda espléndida marina, que sirve de marco á una tragedia inverosímil.

Pérfida como la onda, ha dicho Shakespeare. Pérfida, en efecto; el colmo de la perfidia; reirse de los mordiscos de la onda y sucumbir á sus besos.

Así ha muerto el héroe, de muerte femenina, en brazos de Loreley, acariciado por la sirena que, desde las márgenes del Rhin, se trasladó al Cantábrico aquel día y produjo la catástrofe.

Así cayeron con él ocho compañeros. Salváronse cuatro, que no han podido relatar el drama.

Lo ignoran todo en el aturdimiento brutal de lo imprevisto. Estuvieron tres horas formando un haz, asombrados, entontecidos por la horrible pesadilla.

Ante su vista se desarrollaba el estupendo panorama del mar. Las

demás trañeras pescaban tranquilamente, navegaban á un largo, empujadas suavemente por el viento, inundadas de sol sesteando en la inmensa superficie.

Y ellos estaban allí, sosteniéndose en el agua, náufragos ignorados que esperaban la muerte como irrisión del destino.

Flotaron durante tres horas, la agonía les dejó espacio suficiente para despedirse unos de otros, recordaron á sus madres, á sus esposas, á sus hijos, la última hora fué apoderándose de ellos pedazo á pedazo, miembro á miembro, y sumergiéronse dulcemente con el corazón helado puesto en el hogar doméstico, con los ojos vidriosos mirando al cielo, puestos en Dios.

La lancha que recogió á los supervivientes condujo al puerro aquellas cuatro pavesas del drama. Y llegó vacía porque dejaba allá, en la profundidad insondable, los cuerpos de nueve hombres y las almas de diecinueve huérfanos.

El cadaver del héroe no ha parecido. ¡Que no parezca! ¡Que no se le vea hinchado y amoratado, roído por los cangrejos, despedazado por los peces!

Conservemos su imágen viva, huyamos de la máscara repugnante de la muerte.

La tumba del Océano engrandece el final pequeño del vencedor de Ondárroa. Que quede en esa tumba, que descanse en la mar ya que tanto la amaba.

La caridad bate sus alas sobre las viudas y los huérfanos, Bilbao y Ondárroa, los vencidos, han acudido con mano pródiga al socorro de las víctimas, elevándose noblemente á la categoría de vencedores, curando con lágrimas las heridas de la lucha.

Dios hará lo demás. En la inmensidad del mar está más cerca de ellos que de nosotros, los conoce, los trata y los quiere más que á nosotros, y les habrá acogido amorosamente en el seno de su misericordia y de su bondad.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

